



Il Superiore Generale
Superior General

CARTA DEL SUPERIOR GENERAL

Memoria litúrgica de san Camilo
14 julio 2015 – 401 años de la muerte

A nuestros Religiosos ancianos y enfermos **Envejecer con dignidad y elegancia:** **¡Un imperativo ético y también una opción personal!**

¡Qué bien siente la sabiduría a los ancianos...!
(Eclo. 25,5a)

Hijo, sé el apoyo de tu padre en su vejez
Y durante su vida no le causes disgusto.
Aunque se debilite su mente, sé indulgente con él.
No lo desprecies, tú estás en pleno vigor.
La ayuda prestada al padre no quedará en el olvido...

(Eclo. 3,12-14a)

Durante las visitas fraternas, realizadas en diversas áreas de la geografía camiliana del mundo, en este primer año de servicio hacia los Religiosos de nuestra amada Orden, asumiendo en serio el llamado de nuestro pastor, papa Francisco, de salir de sí mismos (*éxodo personal*) para *ir al encuentro de los co-hermanos*, sobre todo aquellos que se encuentran en las *periferias existenciales de la vida*, he tenido la oportunidad de encontrar y conocer a tanto nuestros religiosos ancianos y enfermos.

Me he confrontado con el grito de muchos, que ha tocado mi corazón, un grito a veces en dificultad y/o a veces silencioso, expresado con las lágrimas en los ojos, con ojos cerrados tristes y suplicantes: *"No se olviden de nosotros, vuelvan a visitarnos"; "Cuida con amor, por favor, de nuestra Orden!"*

Unos religiosos me han recordado que un Superior general de la Orden (1977-1989), p. Calisto Vendrame – quien fue también mi director espiritual y enseñante, durante años en el periodo de formación en San Paolo, en Brasil – se había recordado de ellos escribiendo una lindísima *Carta a los ancianos*. Este mensaje se ha inciso en los corazón es de una interna generación de Camilos jóvenes y adultos de aquel entonces. Muchos de los cuales hoy son ancianos. Me imagino que tuvo un efecto importante como aliento para la autoestima de los ancianos, que hoy probablemente están en la casa del Padre.

Recordamos con nostalgia este nuestro querido religioso, al releer su carta, que fue publicada entonces en la Revista *CIC – Centro de Información Camiliana* – en la rúbrica dedicada a *Palabra del Superior general*.

Es de sorprendente actualidad la visión profética del su mensaje, en términos de valores éticos cristianos, en tiempos históricos, sociológicos y socio-políticos tan diversos y diferentes del día de hoy... y solo han transcurrido unos 33 años (cfr. *CIC*, n. 147, año XII, 20 abril 1982, p. 157-158).

Nuestra condición humana es tal que cuando llegamos a ser ancianos o enfermos, sentimos de un modo más profundo en nuestra fragilidad y vulnerabilidad hasta llegar a ser un “*radar de alta sensibilidad*”.

En esta año especial que la Iglesia Católica dedica a la Vida Consagrada, estamos llamados “... *a mirar al pasado con gratitud, a vivir con pasión el presente, y a servir con samaritana compasión y a abrazar el futuro con esperanza*”.

Esta Carta en realidad se presenta como una reflexión desde una visión ético-pastoral sobre la realidad del envejecimiento humano global (Nota: el primer punto puede ignorarse de parte de los que no están interesados a un conocimiento científico-académico del contexto y de la realidad del problema en cuestión) y requiere tiempo, paciencia y dedicación para una lectura meditativa.

Elaborando este mensaje, dirigido a nuestros Religiosos ancianos y enfermos de hoy, expresamos ***nuestra gratitud*** a los que han construido esta *heroica* historia camiliana que ya se extiende por más de cuatro siglos, por las muchas sollicitaciones que nos han ofrecido.

A diferencia de la cultura asiática en que la persona anciana aún es considerada culturalmente relevante y socialmente respetada como la memoria y la sabiduría encarnada de la sociedad/comunidad (cfr.: en Japón, el día dedicado a los ancianos se celebra como fiesta nacional), en nuestra cultura occidental, los ancianos no son sujetos de mucha consideración. El énfasis se da siempre más sobre sus dishabilidades y limitaciones, sobre los costos y los gastos necesarios para la asistencia en ámbito de políticas de salud pública, sobre el peso generado para el sistema de pensiones; siempre menos se insiste sobre su rica historia de vida, sobre la experiencia y la sabiduría humana de la cual son depositarios. Subyace a esta visión reductiva de la persona humana, definida sólo por lo que “*produce y no por lo que es*”, una gran cuestión: el envejecimiento representa una fase de la vida caracterizada por unas crisis existenciales en tres dimensiones:

- crisis de identidad (con la pérdida de sí mismo),
- crisis de autonomía (con una creciente dependencia de los demás)
- crisis de pertenencia (erradicación de su propio ambiente hacia una casa de reposo).

Es necesario recuperar, a través de una actitud *resiliente*, el significado de esta *crisis* que marca profundamente el *ser anciano*, sobre todo en nuestra sociedad ya ahora definida como ¡*Civilización del desechable* y del *envejecimiento programado*!

Como insiste con mucha frecuencia papa Francisco: “*Se han hecho grandes progresos en la medicina y en la asistencia social, pero se ha difundido también una cultura del desechable, como consecuencia de una crisis antropológica que no pone ya más al ser humano al centro, sino el consumo y los intereses económicos*” (cfr Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 52-53).

“Entre las víctimas de esta cultura del desecho quisiera aquí recordar en particular a los ancianos, (...); los ancianos que son la memoria y la sabiduría de los pueblos. Su longevidad no siempre es considerada como un don de Dios, sino a veces como un peso difícil de sostener, sobre todo cuando la salud está fuertemente comprometida. Esta mentalidad no es buena para la sociedad, y es nuestra tarea desarrollar los “anticuerpos” contra este modo de considerar a los ancianos, o las personas con capacidades diferentes, casi fueran vidas que ya no son más dignas de ser vividas. Este es pecado, es un pecado social grave (...). ¡Aquí podemos aprender otra mirada sobre la vida y sobre la persona humana!” (Papa Francisco,

Torino 21 de junio de 2015. Encuentro con los enfermos y con personas con capacidades diferentes, Iglesia de la casa de Cottolengo).

Hasta hace poco tiempo se hablaba sencillamente de *vejez*. Hoy la literatura científica a propósito del envejecer distingue tres categorías de ancianos:

- a) los ancianos *jóvenes* de edad entre los 65 y 75 años;
- b) los ancianos propiamente así llamados de edad entre los 75 y 85 años;
- c) las personas muy ancianas, después de los 85 años; que en el próximo futuro, según los investigadores de esta área, aumentarán siempre más.

Al tiempo de san Camilo se hablaba mucho de *pobres y enfermos*, mientras la categoría de los *ancianos* no era casi mencionada en sus escritos. Seguramente también en aquel entonces había personas ancianas.

Hoy, sin embargo, junto con los pobres y los enfermos, tenemos también el gran empeño de cuidar a los ancianos, que necesitan de particular premura y atención, sobre todo si afectados de enfermedades crónicas degenerativas, como Alzheimer y/o Parkinson.

El envejecimiento de la población es un fenómeno muy reciente en la historia humana. En las Naciones desarrolladas el número de los hospitales pediátricos ha disminuido de modo significativo y en muchos casos hasta casi han desaparecido, pero al mismo tiempo las Clínicas e/o Casas de Reposo para ancianos se multiplican, llegando a una real forma de *business* que rinde en el panorama del mundo de la salud.

Hoy vivimos en pleno la época *glamour* del "*post-todo*" en mucho aspectos de la vida humana. ¡Vivimos en una sociedad llamada "*post-moderna*", se habla de civilización "*post-industrial*", "*post-cristiana*" y también "*post-humana*"!

Así es. El "*post-humanismo*" es un movimiento ideológico que anunciando la proscripción de la muerte de la vida del ser humano – la muerte considerada junto con el envejecimiento como una *enfermedad* para la cual hay que encontrar un remedio y no como una dimensión de nuestra existencia – (el post-humanismo) nos ofrece el "*don de la inmortalidad*" en esta tierra.

Además de refinadas técnicas pseudocientíficas, promesas para el próximo futuro, estamos casi en grado de parar el reloj biológico del envejecimiento humano, y entonces sí, podremos vivir una eterna juventud (*bio-gerontología*).

La humanidad no ha logrado todavía hacer que se respeten y se apliquen los derechos fundamentales del ser humano, proclamados por el ONU en 1948, al terminar la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), que garantizan la posibilidad de vivir con dignidad (libertad de pensamiento y de conciencia, educación, salud, vivienda, trabajo, etc.): y ahora ya estamos en esta visión antropológica según la cual el ser humano es algo que debe ser superado y sobre pasado.

Naturalmente, nos encontramos frente a una ideología, que, así como ha buscado negar nuestra finitud, ahora busca también negar nuestra condición humana. ¡La edad no puede ser vista como un proceso patológico o peor aún como un trágico destino respecto del cual no podemos intervenir si no aceptándolo pasivamente!

Es necesario descubrir como sea posible envejecer con gracia, sabiduría, serenidad y elegancia estética.

Este es el horizonte de la reflexión que propongo en este mensaje, cuyo contenido en gran parte se articula en tres momentos:

1. unas reflexiones éticas sobre datos estadísticos sobre la realidad del envejecimiento humano en el mundo actual y sobre los desafíos que se presentan en términos de políticas públicas y de cura de la salud;
2. el desafío de llegar a ser protagonistas en el arte de vivir con dignidad y de gozar del “*Domingo de nuestra vida*”;
3. unas sugerencias a los jóvenes y a los ancianos, recordando con gratitud a p. Calisto por la herencia de ternura que ha dejado en los corazones de muchos hermanos.

1. La longevidad humana y el envejecimiento de la población: ¡Un veloz check up global!

1.1. Hoy vivimos más tiempo: ¡Aumenta el número de los centenarios!

Orando con el Salmista, muchas veces proclamamos que “*Setenta años dura nuestra vida, y hasta ochenta llegan los más fuertes: pero sus afanes son fatiga inútil, pues pasan pronto y desaparecemos*” (Sal 90,10). Hoy vivimos más tiempo, y convivimos con un número significativo de personas que tiene más de cien años. En el año 2011 los centenarios en el mundo eran casi 316.600, según la Organización Mundial de la Salud (OMS). La segunda parte del verso del Salmo indica el desafío: *a añadir más vida a los años que años a la vida*. En efecto la fase final de la vida está siempre más marcada por la presencia de terribles enfermedades crónico-degenerativas, entre las cuales – principalmente – el morbo de Alzheimer (demencia) y Parkinson.

Ya no es más una novedad para nadie el hecho que hoy la población mundial esté envejeciendo con un ritmo muy elevado. Los progresos en el área de la salud pública, la mejoría de las condiciones de vida, el avance de la medicina, de la geriatría y de la gerontología entre otros factores, han contribuido de modo significativo a dar siempre mayor calidad, dignidad y salud a las personas ancianas. Sin embargo es muy triste constatar que para esta meta muchas personas – sobre todo las más vulnerables y necesitadas – están excluidas, aun viviendo en un mundo globalizado e interconectado, que está globalizando siempre más también la injusticia y la indiferencia, más que la solidaridad. Alcanzar la vejez es aún un privilegio de pocos, sobre todo en las naciones pobres.

Una mirada histórica, nos da a comprender que la vida humana era muy breve, hace dos mil años, al inicio de la era cristiana. Según los datos demográficos, en aquella época el ser humano vivían en media solo 25-28 años. Jesús, crucificado a solo 33 años, se podría considerar un *hombre viejo*, pues había vivido unos años más del promedio de vida de las personas de su tiempo, aunque para nosotros hoy, sería aún muy joven.

Guerras, epidemias, desastres naturales y la falta de prevención de enfermedades endémicas y parasitarias son las causas primarias de una existencia breve. En 1900, diecinueve siglos más tarde, la expectativa media de vida del ser humano sobre la tierra se ha extendido hasta los 43-46 años pro medio: esto significa que en el XX siglo hemos doblado la expectativa media de vida. En esta historia de la evolución de la vida humana, en menos de un siglo, tomando como referencia el inicio del XXI siglo, y mirando al XX, a pesar de todas las atrocidades, los desastres naturales, las epidemias, por ejemplo, la influencia *española* que ha diezmando un tercio de la población europea en 1917 y las guerras que provocaron millones de muertes, la expectativa de vida del ser humanos ha crecido en media unos 20 años, llegando a 60-65 años como media global. ¡Esto significa que en menos de un siglo, hemos añadido otros 20 años de vida!

Claramente la evolución de los conocimientos sobre la salud pública, la prevención de las enfermedades, el descubrimiento y el uso de antibióticos, las mejores condiciones de vida,

son factores clave de esta revolución que ha determinado el aumento de la longevidad humana.

La Organización Mundial de la Salud, en su relación “*estadísticas de salud globales – 2014*”, presenta unos datos de este panorama global en que en los últimos decenios ha mejorado sensiblemente la expectativa de vida de las personas. Una persona nacida en 2012 tiene una esperanza de vida media de 72,7 años si niña, y de 68,1 años si niño. Esto significa que tiene seis años más de esperanza de vida media mundial en relación con los nacidos en 1990. Los mayores progresos se ha dado en naciones con bajo rédito, donde la expectativa de vida media ha aumentado de nueve años entre 1990 y 2012, con más precisión de 51,2-60,2 años para los varones y de 54,0-63,1 años para las mujeres.

Un factor importante que ha contribuido al crecimiento de la expectativa de vida en las Naciones a bajo rédito, ha sido la reducción de la mortalidad infantil, y la cura de las enfermedades infectivas en las personas adultas.

Las seis naciones que han registrado los mayores progresos en el crecimiento de la expectativa de vida de su población han sido: Liberia (19,7 años), Etiopía, Maldiva, Camboya, Timor Est y Ruanda.

Las diez Naciones con la más alta expectativa de vida para los nacidos en 2012 son: (para los varones) Islandia 81,2; Suiza 80,7; Australia 80,5; Israel 80,2; Singapur 80,2; Nueva Zelandia 80,2; Italia 80,2; Japón 80,0; Suecia 80,0 y Luxemburgo 79,7; (para las mujeres) Japón 87,0; España 85,1; Suiza 85,1; Singapur 85,1; Italia 85,0; Francia 84,9; Australia 84,6; Corea 84,6; Luxemburgo 84,1; Portugal 84,0.

Se puede constatar que la expectativa de vida de los varones es casi de 80 años en nueve Naciones. Los valores más altos se registran en Australia, Islandia y Suiza. Para las mujeres, la expectativa de vida es igual o superior a 84 años en diez Naciones. La expectativa más alta de vida para las mujeres se registra en Japón con 87 años, luego en España, Suiza y Singapur. Al extremo opuesto hay nueve naciones, todos en África sub-sahariana, donde la expectativa media de vida para varones y mujeres es aún inferior a los 55 años.

No hay duda que se vive hoy más, pero la duración de este periodo de la vida depende de la realidad en que hemos nacido. Un niño nacido en 2012 en una nación rica con alto rédito tiene una expectativa de vida de 75,8 años, es decir más de 15 años en relación a un niño nacido en una Nación pobre, es decir 60,2 años. Para una niña la diferencia es aún mayor: 18,9 años más en naciones de alto rédito (82,0 años) y en las Naciones de bajo rédito (63,1 años).

Las estadísticas nos revelan el drama de muchas vidas que se pueden salvar pero que se perderán.

Si nos proyectamos hacia el futuro, nos auguramos que muchas más vidas serán, de cierto, salvadas de la llamada *muerte antes del tiempo*. Necesitamos de un drástico desplazamiento de una cultura y una visión segregacionista e aisladora de los ancianos, que causa la *muerte social* antes de la *muerte física*, hacia una renovada solidaridad-intergeneracional. En muchas naciones, al lado de las casas de reposo para ancianos se construyen estructuras para niños con momentos de encuentro entre ellos: los que inician el camino de la vida y los que casi están dando el adiós a la vida. Hay ejemplos y lecciones de las cuales, en las dos realidades, se puede aprender.

1.2. El envejecimiento del siglo XXI:

Una conquista para festejar y también un gran desafío

El crecimiento de la longevidad de la vida, que se concluye con el proceso de envejecimiento es sin duda un triunfo del progreso del conocimiento humano y uno de los más grandes sucesos del género humano. Las personas viven más tiempo gracias a las mejoras en la alimentación y la higiene, a los progresos de la medicina, de la asistencia en salud, de la instrucción y del bienestar económico.

En todo el mundo, la ONU busca promover a través de sus organizaciones que se preocupan por el problema de la población y del envejecimiento humano, el cambio de actitudes, de políticas y actividades sociales para garantizar que los ancianos no sean percibidos sencillamente como destinatarios pasivos de planes de pensiones, sino como participantes activos en el proceso de desarrollo, cuyos derechos deben ser respetados.

Hay ya estadísticas de estos cambios demográficos que presentan un panorama emocionante en relación al fenómeno del envejecimiento de la población en ámbito global.

Actualmente la esperanza de vida al nacer es de 80 años en treinta y tres Naciones: cuando hace cinco años, eran solo diecinueve Naciones. Actualmente, solo Japón tiene una población de más del 30.00 % con edad superior a 60 años. Para el 2050, se estima que serán 64 las Naciones con una población anciana de más del 30.00 % de su población. El envejecimiento de la población se da en todas las regiones del mundo, en Naciones con diversos niveles de desarrollo. De las actuales quince Naciones con más de 10 millones de personas ancianas, siete Naciones están en vía de desarrollo. La esperanza de vida al nacer ha aumentado en todo el mundo. En el periodo 2010-2015, la esperanza de vida al nacer ha aumentado a 78 años en las naciones desarrolladas y a 68 años en las regiones en vía de desarrollo. Para los años 2045-2050, cada nacido podrá vivir hasta los 83 años en regiones desarrolladas y hasta los 74 años en naciones en vía de desarrollo.

En 1950, había 205 millones de personas con más de 60 años en el mundo. Para el 2050, se estima que el 10,50 % de la población africana tendrá más de 60 años, en relación con el 24,50 % en Asia, el 24.00 % en Oceanía, el 25.00 % en América Latina y el Caribe, el 27.00 % en Norte América y el 34.00 % en Europa.

Cada segundo, dos personas festejan su 60 cumpleaños en el mundo, por un total anual de casi 58 millones de personas.

En el 2012, 810 millones de personas tenían más de 60 años, representando el 11,50 % de la población mundial. Se prevé que este número llegará a mil millones solo en diez años y más del doble para el entro 2050, es decir el 22.00 % de la población mundial.

El número de los centenarios en 2011, era de casi 316.600: a ámbito global llegará a 3,2 millones en el 2050.

En el 2050, por primera vez en la historia habrá más ancianos que jóvenes con menos de 15 años.

En el 2000, había más personas con edad superior a los 60 años que niños con menos de 5 años.

Globalmente las mujeres son las más ancianas. Hoy, por cada 100 mujeres con edad superior a 60 años, en todo el mundo, hay sólo 84 varones. E por cada 100 mujeres de 80 años, solo hay 61 varones.

Estas diferencias tienen importantes implicaciones para la política y la planificación de los programas públicos de asistencia en salud y seguridad social. La generación más anciana no es un grupo homogéneo, por el cual sean suficientes normas generales. Es importante reconocer que esta población tiene diversas y muchas características, igual que los demás grupos de edad, como edad, sexo, etnia, instrucción, rédito y salud.

En relación con el rédito y la salud, a ámbito global, sólo un tercio de las naciones (es decir el 28.00 % de la población mundial) tiene planes de protección social global, que cubre todos los sectores de la seguridad social. Globalmente, el 47% de los varones ancianos y el 23.00 % de las mujeres ancianas son parte de la fuerza laboral. Hace treinta años, no había economías *envejecidas*, donde el consumo de los ancianos supera el de los jóvenes. En todo el mundo, más del 46.00 % de las personas con edad superior a 60 años, tiene dishabilidades.

Más de 250 millones de personas ancianas presentan una moderada dishabilidades en esta fase de la vida y es este el ámbito donde se registra una más exigente necesidad para la vida, la disponibilidad y la accesibilidad a los cuidados y asistencia de salud especializada, en particular en el área de rehabilitación.

La relación del Fondo para la población de las Naciones Unidas (ONU), "*Envejecer en el siglo XXI: Celebración y Desafíos*" (2012), presenta los resultados de un estudio/sondeo interesante realizado entre 1.300 personas ancianas y demuestra que todavía han mucho que hacer para ofrecer dignidad de cura para los ancianos y para asegurar la dignidad de vivir en libertad y con reconocido respeto.

El 43.00 % ha manifestado temer la violencia física; el 49.00 % siente que será tratado con respeto; el 61.00 % utiliza el celular; el 53.00 % ha manifestado que le es muy difícil pagar los servicios básicos; el 44.00 % ha descrito como bueno su actual estado de salud; el 34.00 % manifiesta que es difícil o muy difícil tener acceso a los cuidadores salud, en caso de necesidad.

En conclusión, se reafirma la necesidad de respetar los ancianos, de ofrecer una garantía de rédito, la oportunidad de un trabajo flexible, el acceso a los cuidados de salud y a los medicamentos a bajo costo, la vivienda y el transporte adecuados, la eliminación de las discriminaciones, de la violencia y de los abusos.

Ellos expresan el deseo de mantenerse como miembros activos y respetados de la sociedad. En muchos casos, son las personas más ancianas que ofrecen asistencia y cuidados a los niños y a los sobrinos, que desarrollan trabajos domésticos y que a veces ofrecen sustento también a través de contribución económica para la familia, con su modesta pensión.

1.3. Alzheimer: la enfermedad que desafía la ciencia y nuestra solidaridad

Esta enfermedad está asociada al proceso de envejecimiento y hasta poco se llamaba *esclerosis* o *caducidad/senilidad* y cuando los ancianos presentaban problemas de memoria o estado de confusión eran definidos en sentido peyorativo como: *escleróticos* o *caducos*. Hoy sabemos que la pérdida de memoria es una cuestión muy seria y es independiente de la voluntad de la persona, pero puede ser el signo de una enfermedad muy grave, el morbo de *alzhéimer*. Esta enfermedad afecta a casi 35,6 millones de personas en el mundo, con la proyección inquietante de doblarse cada 20 años, llegando así a los 65,7 millones en el 2030, según lo estimado por la Organización Mundial de la Salud. Su nombre oficial se relaciona con el médico alemán *Alois Alzheimer*, quién descubrió la enfermedad en 1906.

El morbo de Alzheimer no tiene cura, pero puede y debe ser tratado y afecta sobre todo a los ancianos. Pues es una enfermedad triste, devastadora y determina el 70.00 % de los casos de demencia. La enfermedad se manifiesta como una forma de demencia, con la pérdida de las funciones cognitivas (memoria, orientación, atención y lenguaje), causada por la muerte de las células cerebrales. Cuando es diagnosticada a tiempo, es posible frenar su progreso y tener un mayor control sobre los síntomas, y así se puede garantizar una mejor calidad de vida para la persona y la familia.

No conocemos aún la causa que genera el Alzheimer, pero si conocemos bien los factores de riesgo que favorecen su desarrollo: la hipertensión, la diabetes, el fumar y la inactividad física.

Hoy muchos film presentan los dramas de personas víctimas de esta enfermedad. Esto es el caso, del film *Still Alice (para siempre Alice)* (USA, 2014).

En este film, la protagonista, una maestra de idiomas, revela todo lo dramático de la enfermedad. *“Toda mi vida he acumulado memorias (...) y estas son mis bienes más preciosos, pero todo esto se lo han llevado. Como pueden imaginar, esto es peor que el infierno”*. No faltan los numerosos testimonios de heroica dedicación de la asistencia prestada por los familiares de estos enfermos.

María Soledad C. Ortiz, asistente e integrante de la Asociación Alzheimer de Costa Rica, habla del drama vivido y de los cuidados que presta a su mamá, afectada por el morbo de Alzheimer.

“Mi madre era mi mejor amiga y confidente, hasta aquel día, de hace nueve años, en que he iniciado a perderla. Mi familia y yo misma, pensaba que estuviese deprimida, pero luego del examen médico y de diversos test realizado, ha llegado la noticia implacable: Alzheimer!

He sentido que todo se me derrumbaba. No podía aceptar que mi querida mamá ya no fuera ya la misma, que esta enfermedad la fuera carcomiendo y que habría llegado el día en que no habría reconocido más que yo era su hija.

Sabía que todo lo que podía hacer era sólo manifestarle mi amor, comprensión y apoyo. He manifestado esto en todo momento, cuidándola en todo momento, en su aseo personal, alimentándola, cambiándole sus vestidos, llevándola para unos breves paseos,... siempre con un abrazo, la sonrisa y besos. La vida mi ha dado la oportunidad de devolver algo del amor y dedicación que ella me había dado cuando yo era pequeña.

Es muy difícil y triste cuando te das cuenta que esta enfermedad va creciendo más y más y uno se siente solo. Muchos amigos y parientes no saben cómo ayudar, como comportarse y sencillamente se alejan, abandonando la persona misma. Pero los verdaderos amigos permaneces cerca y unos integrantes de la familia comparten la responsabilidad de asumirse el cuidado con amor y dedicación.

Personalmente, me divido en la atención en ser hija, madre y asistente. No ha sido fácil para mí alcanzar el necesario equilibrio, pero con la ayuda de Dios, ha logrado gestionar la situación, pero, a ser honestos, el cansancio me trastorna de vez en cuando, pero la gente no se cansa nunca de amar”.

Que podemos decir, luego de este relato tan dramático de condición humana acerca de alguna persona portadora del Alzheimer...

¡En el momento de un terrible y dramático proceso de pérdida, debemos recordar que no perdemos nunca nuestra dignidad! ¡Las palabras son difíciles: mejor el silencio y abrazar de modo solidario nuestra vulnerabilidad y la de nuestro prójimo, cuidando de los otros!

Esto es el ejemplo de un drama familiares, hoy cada día siempre más frecuente, que requiere la atención de parte de los sistemas de salud preparar profesionales que unan las necesarias competencias técnico-científicas con la competencia humana y ética, y que cuiden también la formación de asistentes familiares domiciliarios.

Papa Francisco habla de la *“enfermedad de Alzheimer espiritual”*, que consiste en el olvidar la historia de la salvación, de la historia personal con el Señor. Es esto un progresivo

declino de las facultades espirituales que provoca grave inestabilidad en la persona. Esto se verifica en aquellas personas que han perdido el recuerdo del encuentro con el Señor, los que han llegado a ser dependientes de sus propias pasiones, fantasía y manías y construyen a su alrededor muros, llegando a ser esclavos de los ídolos creados por sus manos. ¡De esta enfermedad libranos Señor!

Seguro que cada estación de la vida humana tiene algo que ofrecer a la sociedad. Es necesario renovar una nueva cultura de atención y de respeto por las personas ancianas, a través de la formación/educación y la actuación de políticas públicas, sociales y de salud que crean una nueva sensibilidad para apreciar la memoria histórica, la experiencia y la sabiduría de la vida propia de la generación de ancianos que puede ser transmitida a los jóvenes de hoy, ancianos del mañana, para que envejecan con gracia y dignidad en futuro.

2. ¡Vivir con gusto la dignidad del nuestro "Domingo de la vida"!

El tiempo de la vida, vivid como *krónos (tiempo)*, hoy está muy bien documentado por el conocimiento científico de la geriatría y de la gerontología. Pero está documentado sobre todo el camino de oscuridad y de sombras, que el *krónos* determina: cambios y drástica pérdida de energía, de fuerza, de habilidad, de lucidez y voluntad y de consciencia de nuestra finitud.

Acoger, más bien, el tiempo de vida, como *kairós (gracia)*, como un camino de luz, mientras se vive en el *krónos*, es una opción para un envejecimiento digno y en buena salud.

Los ancianos no pueden vivir pasivamente sólo según el estilo del *krónos* que mira al futuro envejecimiento como a un destino implacable, con la reducción de las fuerzas, de la energía, de la lucidez y con la dependencia creciente de los demás. El anciano necesita desarrollarse de modo creativo. Está pasando por una etapa de vida plena de sabiduría existencial y puede todavía contribuir activamente a la vida de la comunidad y de la sociedad. Envejecer con dignidad y elegancia significa vivir una opción, un desafío, un objetivo y una verdadera misión que empieza por nosotros mismos, antes de anunciarlo a los demás.

Quiero citar *dom Aloisio Lorscheider* (religioso franciscano), cardenal brasilero, que unos meses antes de su muerte (23/12/2007), al cumplir sus 83 años de vida, presentaba su reflexión con el tema "*Envejecer con sabiduría*" a los religiosos franciscanos ancianos, en el mismo convento donde se había retirado en silencio en los últimos años. Desde su experiencia personal ve la condición de una persona anciana como "*el tiempo de la vejez es nuestro domingo de la vida*"

Linda imagen, la que usaba el pastor que conoce sus ovejas y reconoce que el *Domingo como: el ser/vivir, el socializar, el celebrar y el bromear/jugar*, adquieren la prioridad sobre el trabajo, el hacer, las cosas y el estrés de todos los días.

Es necesario meditar sobre el mensaje de este "viejo sabio y respetable" que nos narra de su experiencia personal como anciano.

1. *Poner atención en no perder nuestra identidad.* Somos personas dignas y seguimos siéndolo también cuando envejecemos. Envejecer no es una fatalidad del destino: nosotros podemos escoger como envejecer sin renunciar a nuestras capacidades y a los dones de ser y de actuar. El ideal es que – en el momento de dejar este mundo (morir) – la muerte nos encuentre todavía plenamente vivos y no vivir sólo en espera de la muerte, llevados pasivamente por el aburrimiento y el pesimismo. Es necesario *gozar* cada instante, sacándole todo el jugo a la vida.

2. *Tiempo de contemplación.* La vejez puede llegar a ser también el tiempo de la contemplación y del encanto. Experimentamos en nosotros muchos eventos, situaciones y encuentros durante toda nuestra vida, también experiencias tristes. Es necesario contemplar, de modo especial, la realidad y la verdad de nuestra fe. Si lo hacemos, el tiempo nos parecerá breve, porque hay en nosotros muchas cosas que profundizar contemplándolas.
3. *Tiempo de silencio.* La vejez también es el tiempo del silencio. Santa Teresa de Ávila ha siempre insistido sobre el recogimiento y sobre todo sobre el *silencio interior*. Cuando fuimos más jóvenes, por naturaleza y por la edad, fuimos más inquietos y ruidosos. Luego más adelante en los años, se llega a ser más calmos y reflexivos. Ahora preferimos lugares más silenciosos, alejados del ruido infernal de la ciudad, del tráfico y de las fábricas. La escucha de la música puede ser una conquista importante.
4. *Tiempo de despojo y de desapego.* Poco a poco nos desapegamos de muchas vanidades, superficialidad, rancores, lamentos y sufrimientos. Es el tiempo de nuestra *Kenosis* personal, del perdón y de la capacidad de vivir en pace. Al pasar los años, arriesgamos ser como bloques de piedra/granito, duro, impermeable e inmutable. Consideramos que ya no hay nada que aprender de los jóvenes y no encerramos en nosotros mismos. ¿Cómo son nuestras ideas, nuestros gustos y las personas amigas? Debemos transformar el bloque de granito en un bloque de cristal.
5. *Tiempo de oración.* La oración es la misión especial de los ancianos. Disponemos de más tiempo. Si no oramos, nuestra vejez pierde mucho de su significado. La vejez es un momento especial para cultivar más intensamente la dimensión espiritual. Y está bien rejuvenecerse en nuestra oración. La oración pues rejuvenece el corazón. San Pablo nos recuerda que «*por eso no nos desanimamos; al contrario, aunque nuestra condición física se vaya deteriorando, nuestro ser interior se renueva de día en día*» (2Cor 4,16). La oración es así mismo un medio para salir de la soledad, que es la amenaza más grande de nuestra época. La oración nos permite reencontrarnos nosotros con los demás y con Dios, refuerza nuestro sentido de pertenencia. Es fuerza misteriosa, que actúa.
6. *Tiempo de dominio de nosotros mismos.* ¿Cómo nos portamos? ¿Cómo ancianos impacientes, egoístas, murmuradores, o cómo ancianos con corazón paciente, tolerante y desapegado? Es necesario crear en nosotros un nuevo *look* (*presentación*) con mayor serenidad en relación con la vida vivida. Controlar los momentos de irritación para cultivar el gozo de tener todavía vida y poder aún contribuir con algo significativo.
7. *Tiempo para cultivar y testimoniar gratitud.* ¡Sólo los que cultivan la humildad y abrazan su propia condición humana de vulnerabilidad son capaces de agradecer! Los orgullosos y los autosuficientes, convencido de que se bastan a sí mismos, no sienten la necesidad de Dios. Pues seamos agradecidos con Dios por las muchas oportunidades de crecimiento maravillosas que nos ha dado a lo largo de toda la vida. ¡Y más que *lamentaciones*, estamos desafiados a cultivar la actitud del *aprecio de la vida*! Estamos invitados a expresar nuestra gratitud a Dios por las tantas personas que nos han ayudado a lo largo de nuestra vida.

En nuestra experiencia pastoral al lado de los enfermos y los ancianos, mucho nos ha llamado la atención cuando con frecuencia las personas, sobre todo ante de una intervención

quirúrgica grave, con un real peligro de vida, nos decían: “Padre, si debo soportar el dolor o depender de otros, entonces prefiero morir, que Dios me lleve”.

Encontramos entre nosotros, muchas situaciones de personas ancianas enfermas, que están sufriendo, con rebeldía por la creciente dependencia de otros, por la asistencia médica y se sienten inútiles.

¿Qué hacer para reconquistar la autoestima, la alegría de vivir, aún en estas condiciones de máxima vulnerabilidad humana?

Vivir es con-vivir, ayudándonos con solidaridad en nuestras necesidades. Debemos tener atención, porque nuestra sociedad se mueve contra esta perspectiva de valores y define como algo *feo* y hasta de *indigno*, el depender de los otros.

¡No sería una vida digna de vivirse: mejor morir!

Y cuando debemos enfrentar cualquier dificultad importante en la vida, o un proceso de enfermedad degenerativa, no hay más valores que dan sentido y significado a la vida en estas condiciones. Entonces la eutanasia es vista con gran simpatía y también como una opción clara para salir de esta situación existencial.

¡Debemos aprender a abrazar nuestra condición de vulnerabilidad, aceptando la cura! Como hemos recibido ayuda en el momento de nuestro nacimiento... así necesitamos de ayuda también en nuestra envejeces, igual que en el momento de dejar este mundo. Recuerden como San Camilo ha hecho y enseñado sobre este asunto!

Sin duda es también un gran desafío el de prepararse para decir adiós a este maravilloso mundo creado por Dios.

Recordemos el breve himno, que rezamos todas las noches a conclusión del día, en las *Completas*: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz... (*Nunc dimittis*)”, conocida como el *Cántico de Simeón* (Lc 2, 29-32). Es el cántico de la noche de la vida, pronunciado por un viejo Simeón ya próximo a la muerte y nos recuerda lo que oramos en el *Ave María*: “en la hora de nuestra muerte”.

¡Oremos, pues, el cántico del *Nunc dimittis*, nos pone ante el *arte*, hoy fuera de moda, de preparar también nuestra despedida de este mundo, cuando llegará nuestro día!

La grandeza de Simeón está en su humildad, en la simplicidad de su ojos que ven la salvación en un niño frágil, en la ternura de su abrazo paterno, pero también materno en acoger aquel niño recién nacido, en su disponibilidad a dejar espacio para los demás, y siempre dispuesto a hacerse a un lado, a menguar de modo que sean los otros a crecer, como hizo el profeta Juan Bautista: “Es necesario que *EL* crezca, y que yo disminuya” (Jn 3,30).

No hay ningún rastro de aquella típica envidia de muchos ancianos en relación a los que verán luego de ellos, ninguna sospecha, nada de celosía, sino sólo gratitud y alegría serena. De todos modos, Simeón estaba envejeciendo de modo sano y sereno.

Simeón ve la salvación de Dios en aquel Niño, porque lo acoge con fe. Él cree que la Sagrada Escritura sea el mensaje de Dios para él: él cree en la promesa de Dios. Por eso una escucha eficaz, un escucha que genera una fe fuerte y que puede transformarnos en seres humanos que viven el otoño de la vida como personas más disponibles, solares, dulces, compasivas y hospitalares.

3.- ¡Vivir con religiosos camilos ancianos y enfermos y la necesidad de prepararnos para envejecer con serenidad!

Somos seres humanos y no ángeles, y es por propio en esta condición humana, frágil y vulnerable, que llega el día, durante nuestra vida, en que nos "llega" la gracia divina, de modo misterioso. Hemos sido escogidos, instruidos y enviados en el mundo como Camilo y para ser y anunciar una *buena noticia* (Evangelio). Los desafíos abundan en esta misión. Según el papa Francisco, la Vida Consagrada se encuentra ante sus tres grandes desafíos que debe enfrentar con coraje: *"declino numérico, el envejecimiento y la reducción de las vocaciones"* (Papa Francisco en su mensaje a la Orden de los Frailes Menores, 26 mayo 2015).

Hoy nos enfrentamos al desafío de restablecer relaciones de solidaridad intergeneracional, ante una ideología que segrega e aísla y fácilmente descarta a los ancianos.

Nuestro recordado p. Calisto Vendrame – quien fuera nuestro Superior general – en una comunicación dirigida, hace 33 años, a los religiosos camilos ancianos, ya nos advertía que *"no han necesidad alguna de separar a nuestros ancianos. Su presencia en nuestras Comunidades, cuando su experiencia se une a la sabiduría, es una verdadera bendición. Saber escuchar y dialogar, para descubrir y satisfacer las verdaderas necesidades de los ancianos, que muchas veces no están plenamente cocientes"*.

Uno momento importante de su texto: *«...es aquello de ayudar a los ancianos a vivir su vida en todas sus dimensiones, sin substituirlos»* (cfr.: CIC, n. 147, año XII, 20 abril, 1982, p. 155-158).

Dicho de otro modo, ayudar es respetar el rol de los ancianos, su autonomía, también si reducida, sin ser paternalistas o asumir actitudes infantiles.

Otros momentos del texto de P. Calisto:

«Unas personas ancianas llegan a ser antipáticas sin necesidad, de buena fe ("aunque no siempre sea una "buena fe"), porque se sienten obligadas en consciencia a ver, corregir, y tal vez a censurar y, unas veces, a denunciar. Quisiera, si es posible, ahorrar estos sufrimientos, para ellos y para la comunidad, dispensándoles de esta obligación. Cuando somos ancianos, si no tenemos la responsabilidad de Superior (que es el padre de la comunidad), seremos todos muy mas amados si sabemos que se comportan como "abuelos", más que como "padres".

El libro Eclesiástico, ya hace más de 2.000 años, lo aconsejaba: *"Habla, anciano, pues a ti te corresponde, pero con discreción, sin interrumpir la música"* (Eclo 32,3).

Padre Calisto nos decía además:

- *«Me parece importante para nuestro ser religiosos, saber envejecer con sabiduría y serenidad, y prepararnos en el tiempo para superar la barrera de la edad sin traumas. Sabiendo resistir a las dos tentaciones de los que envejecen:*
 - *la de no aceptar la realidad y de no dejar las tareas que no podemos llevar adelante con el ritmo que corresponde,*
 - *y la opuesta tentación de perder la confianza en la propia fuerza, también si reducida, y abandonarlo todo.*

El secreto está en saber dejar unas actividades y asumir otras más adecuadas a la propias fuerzas, sin nunca perder el interés por la vida».
- *«Si pudiera dar un consejo a mis religiosos más jóvenes diría: sean llenos de comprensión y amor hacia nuestros religiosos ancianos que con gran sacrificio han abierto los caminos sobre los cuales hoy andamos tranquilos. Se han sacrificados de modo que nosotros pudiéramos hoy tener aquello que nunca hubiéramos podido tener. Tienen necesidad de nuestro reconocimiento y de nuestro cariño. Abran los ojos para ver lo que ellos necesitan, desde el momento que "un anciano amado, es un invierno lleno de flores».*

- «A mis religiosos más ancianos y enfermos, les digo: tenemos necesidad de su sabiduría, ejemplo, oración y cariño. Su presencia en la comunidad es preciosa, no sólo porque nos da la alegría de servirlos, como al mismo Cristo y en toda caso restituirles cuanto han hecho por nosotros, sino también para reconocer que sin de ustedes, la comunidad se sentiría algo huérfana y podría olvidar unas dimensiones de una realidad que debemos tomar en consideración, den modo que nuestra vida sea más real».
- «Sabemos también que podemos vivir las "noches del espíritu", pues Dios no es fácil para nadie, también si EL es amor, y más precisamente, por el hecho de que EL es "Amor". Al verlos afrontar serenamente el proceso del envejecimiento, al verlos vivir no sólo de recuerdos, sino también de sueños y de proyectos, nos sentimos más serenos y animados también nosotros, che viajamos sobre los mismos caminos: podemos mirar al futuro con esperanza».

Aquí se indica el camino a seguir, la construcción de un horizonte de esperanza. A nuestros religiosos ancianos y enfermos manifestamos nuestra atención y cuidados, el respeto y la gratitud. Nuestros religiosos jóvenes y adultos – ancianos del día de mañana – tiene ante sí una misión y una opción existencial y nadie puede sustituirlos en esta responsabilidad.

Entonces nos ponemos estos interrogantes:

- ¿Cómo estamos envejeciendo?
- ¿Nos estamos tomando cura del *anciano* que silenciosamente está creciendo dentro de nosotros?
- ¿Qué tipo de personas ancianas seremos en futuro y cómo estamos gestionando nuestro mundo interior? Hay quién vive sólo de recuerdos, proclamando y pregonando los "*salmos de las lamentaciones de la vida*". Y hay otros que todavía capaz de soñar, de hacer proyectos y de vivir con gratitud.

Que San Camilo, nuestro Padre Fundador e inspirador nos proteja, los abuelos de Jesús, Ana y Joaquín y el sabio Simeón también nos inspiren en cómo enfrentar los momentos de sufrimiento de la vida, con serenidad evangélica para envejecer con sapiencia y elegancia.

14 Julio 2015
401 años de la muerte de San Camilo



Superiore Generale
Superior General

p. Leocir Pessini, MI
Superior general
De los Religiosos Camilos